

PREGÓN DE SEMANA SANTA

Laura Campmany Bermejo
Iglesia de Ntro. Padre Jesús · 2 - IV - 1998



Semana Santa
Murcia 1999



19

Excmo. y Rvdo. Sr. Obispo.
Excmas e Iltnas autoridades.

Sr. Presidente y Miembros del Cabildo Superior de Cofradías.

Señoras y señores, amigos todos:

A este pregón de la Semana Santa murciana, en el que me han precedido -ojalá que para mi provecho y no para mi sonrojo-, tantos y tantos murcianos ilustres, fervorosos conocedores de su más hondo sentido y de sus más peculiares tradiciones, viene esta pregonera con el corazón un poco encogido como si se hubiera echado a los hombros una dulcísima pero imposible penitencia. La de glosar el misterio, la de cantar el milagro, la de anunciaros esa eclosión de sufrimiento y gozo, de desconsuelo y esperanza, de muerte, comunión y gloria que es la Semana Santa de Murcia.

Yo os confieso que ésta es la bendita hora en que todavía me pregunto por qué el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías -a quien antes de pasar adelante quiero agradecer profundamente su temeraria generosidad-, me habrá elegido este año para tan árdua y honrosa tarea. A mí, que amo las procesiones como nadie, pero jamás me he vestido la túnica de nazarena y además, he cometido la imperdonable insensatez de irme a vivir a Bruselas, que es

una tierra aterida donde la primavera ni celebra la Pascua, ni huele a azahar, ni sabe de almendros en flor. Será, digo yo, porque esto de ser nazareno se mama desde niño, como una leche cerrada hecha de cera y de luna, y luego ya se te queda en la sangre como una divina enfermedad. Será porque soy nieta de nazareno, e hija de nazareno, y hermana de nazareno, y tía y sobrina y prima de nazarenos. Nazareno ejemplar y militante lo fue ya mi tío abuelo D. Emilio Díez de Revenga, cuyo nombre estará por siempre unido al de esta Santa Cofradía que hoy nos hospeda.

En Murcia, la Semana Santa es algo así como un fenómeno meteorológico. Como una pequeña estación de diez días durante los cuáles, una de dos: o llueve a cántaros o salen las procesiones. Importa poco si es de noche o de día, si hace frío o calor, porque el abrigo o el desamparo, la oscuridad o la luz están en el pecho del hombre, en el sentir del hombre. Tampoco importa el día del mes porque hasta el calendario pierde sus cifras y toma de la liturgia su color y su sentido. Impresiona ver a toda una ciudad ajustar su ritmo y su talante a una agenda simbólica de Cristos lacerados y Vírgenes dolientes, de hermoso sufrimiento interrogante. Sobre los tronos, cincelados a golpe de consunción y armonía, rostros



pálidos, convocantes, transitivos, que entablan con un pueblo hecho pueblo un diálogo mudo de pasión, acabamiento y rescate. Rostros tensados hacia el cielo. Rostros por los que rueda una lágrima. Fiebre, agonía majestuosa. La muerte de Dios cortándole la respiración a las piedras. ¡Qué infinita orfandad! Y luego, la alegría presentida, ansiada, inocente de la Resurrección en una mañana de domingo glorioso. Semana Santa murciana, tan elocuente, tan cromática, tan barroca. A lo mejor Fray Luis, Santa Teresa o San Juan hablaban con Cristo desde la frialdad de sus celdas. Pero Dios no sólo está en los carámbanos o en la pared desnuda. Dios está también en los bancales y en los pomos henchidos, en las zumbantes abejas y en las doradas crisálidas, en los dátiles, en los jínjoles, en las rizadas coliflores, en las huertas ubérrimas, en las chirriantes bocinas, en los finos encajes y en las cintas de seda. El mensaje es el mismo, lo que cambia es la lengua.

No sé si mis obligaciones, la distancia o el torbellino de la vida moderna hace ya mucho tiempo que me tienen alejada de esta Semana Santa que os pregonó más desde el amor y el recuerdo que desde la perseverancia. A los que tenéis la suerte de vivirla cada año como el pan nuestro de cada día, con la tensión espiritual y estética, con el orgullo de saberla vuestra, quizás os complazca escuchar qué es lo que alguicn trasterrado, por no decir extraterrestre, como yo guarda de ella en la memoria: yo la recuerdo como si fuera un milagro.

De pronto, se escuchaban los tambores, y ese latido solemne te recorría el espinazo como una premonición: las calles, inacabablemente flanqueadas de sillars de madera; las familias hipnotizadas, tratando de comprender ese Gran Teatro del Mundo que hay detrás de cada hombre enlutado por la Historia; la insoportable levedad de las cruces; el lento dolor de los hombros comulgantes, hombros tenaces que trascienden la materia que cargan porque son otras penas más hondas y más viejas las que allí se redimen: pies descalzos como peces trazados en la arena del circo; rostros ocultos por el capuz de penitente y miradas escuetas, profundas, adentradas en una tristeza confusamente universal... Y ya doblada la esquina de una plaza, los pasos deslumbrantes, con sus tallas, su preñez de flores y sus coronas.

Era el **Viernes de Dolores**, bajo una tupida noche de túnicas azules, y era desde San Nicolás el Cristo del Amparo. *Amparo y luz del hombre* que cantara Rubén Darío con su voz cristalina. Todo es fuego purísimo, sinfonía inaugural, íntima cita, en este viernes de ayuno tan rompiente, que es como si echara a rodar los planetas.

Ya el **Sábado** por la tarde, desde Sta. Catalina, era el Cristo de la Caridad el que iba dejando sus huellas

de plata por las calles de Murcia.

Era el **Domingo de Ramos**, que traía palmas y era, desde la iglesia de San Pedro, el Santísimo Cristo de la Esperanza, con sus pálidos miembros desplegados. *El alma era lo mismo que una ramita verde*, escribió Dámaso Alonso. Y añadía:

No, Dios mío. Tú todo:

la ola y la ribera.

Yo sólo el junco

verde que los vientos agitan.

Era **Lunes Santo** y era, desde San Antolín, el Cristo del Perdón que es un Cristo huertano que perdona como nadie las injurias. *Oh, Cristo del Perdón-rezó Unamuno-, Tú nos perdonas aún antes de pecar*. Cuánto don del olvido en este Cristo anticipado, que hasta oculta su Cruz bajo las rosas.

Era **Martes Santo**, y era, desde San Juan de Dios, el Cristo de la Salud, que lo es de los hospitales, de los sanatorios, de los lazaretos. Cristo que devuelve la luz a los ciegos y sana a los leprosos. Cristo de la Madre Teresa de Calcuta, Cristo del milagro. Y era, ya en la fragua de la noche, desde San Juan Bautista, el Cristo del Rescate, que es un Cristo maniatado al que invocan los esclavos y los presos. El que proclaman los que aman la libertad. El Cristo de Cervantes.

Era **Miércoles Santo** y era, desde la Iglesia de Ntra. Sra. Del Carmen, el Santísimo Cristo de la Sangre, con su pecho abierto y manantial. Como viene del otro lado del Segura y va desprendido y adelantado, como venciendo a la muerte, para verle a este Cristo su estampa itinerante hay que mirarlo desde el Malecón o desde la Glorieta y sentir, cuando cruza el puente, lo imposible de un Cristo desclavado. Le acompaña el Berrugo, al que llaman *de las Habas* porque tiene una maldad un poco autóctona y tragallona, y una Dolorosa dulcísima y perfumada que huele a pasteles y a cabello de ángel. La Dolorosa de Ruiz Funes, a quien me vais a permitir que celebre con versos que mi padre, tan devoto de su altar como de quienes lo custodian, hace tiempo le compuso:

Dolorosa de Ruiz Funes,

dame la pena

que hay clavada en tu pecho

de Nazarena.

De los huertos de Murcia, todas las flores

vendrán a tus mejillas

porque no llores.

Era ya **Jueves Santo**, y era, desde la Iglesia de San Lorenzo, el Santo Cristo del Refugio con su procesión de silencio. Luis Rosales, el poeta, le pidió a Dios asilo con estos versos de infinito acatamiento:

...Ya no hay lucha posible, no hay victoria,

no hay nada que vencer, dame asilo



de nieve en tu memoria,
que está mi amor en vilo,

tranquilo siempre y con razón tranquilo.

Era **Viernes Santo** por la mañana y era, desde la espléndida Iglesia de Jesús, un redoble de tambores. A Nuestro Padre Jesús Nazareno quiero atreverme a cantar yo con versos propios, tan livianos y humildes que hacen su nido entre los pájaros:

Toda Murcia viste de morado
para seguir a Cristo en este día,
que es el de su obediente travesía
hacia su propio ser crucificado.
Ve de injurias y espinas coronado
Nuestro Padre Jesús de la Agonía,
y hoy parece más hombre todavía,
pues aún de Dios se siente abandonado.

Murcia llora con Él, pero serena.

Murcia, que está de luto, se engalana.
Y es que Murcia ya sabe que mañana
Cristo vuelve a reinar allá en los Cielos.

Los murcianos hacemos con la pena
versos con que envolver los caramelos.

Por la tarde, ya el duelo es plural y convergente: desde San Miguel, Cristo se viste de Misericordia para acompañar su propio cuerpo muerto. *Es la hora mansa, y la paz de la entrega absoluta.* Porque es también, desde San Bartolomé, el Santo Sepulcro, el

Entierro de Dios, lo que Murcia, atónita contempla.
Ese Dios a quien Unamuno preguntaba:

¿En quién piensas Tú muerto, Cristo mío?

¿Por que este velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?

A este Cristo ya mustio, transparente y marchito como un lirio tronchado, la Virgen de las Angustias de Salzillo lo mece en su regazo, y qué desesperación, qué alambre hiriente, qué tenso escalofrío tira de su mirada hacia lo alto. Es la Virgen de la Cofradía de los Servitas, su hermosísima ofrenda.

Son las doce y es, nuevamente desde Ntra. Sra. del Carmen, el retorno del Calvario. Es ahora la infinita soledad de la Virgen, de su conmovedora maternidad expropiada. Esa Virgen que quisiéramos nuestra, como Dámaso Alonso:

Déjame ahora que te sienta humana,
madre de carne sólo,

igual que te pintaron tus más tiernos amantes;
déjame que contemple, tras tus ojos bellísimos
los ojos apenados de mi madre terrena:

permíteme que piense
que posas un instante esa divina carga
y me tiendes los brazos,
acunas mi dolor,
hombre que lloro.

Pero llegaba el **Sábado Santo** y, desde Sto. Domingo, en la procesión del Cristo Yacente, ya iba el divino Difunto con su mortaja cuajada de flores. ¡Qué poco faltaba para el Toque de Gloria!

Y era, por último, un bronce de campanas para la mañana del **Domingo de Resurrección**. Me dice mi madre que ésta era la procesión de mi abuelo Antonio, y yo me digo que a lo mejor lo sigue siendo, porque él murió siendo casi un niño, murió de bueno, y a los niños les gusta sacarle la lengua al Diablo. Y es que desde Sta. Eulalia venía el Cristo Resucitado. Luz y taquígrafos, cortejos triunfales, flores y risas para anunciar a este Cristo reencarnado, restallante de eternidad y pletórico de regreso. A este Cristo ya vivo al que podríamos decirle, con José Bergamín: *Tú me ofreces la vida con tu muerte / y esa vida sin tí, yo no la quiero.*

También tengo clavados en la memoria a esos nazarenos calzados de alpargata, con sus medias de domingo y de colmena -de repizco, las llaman- y sus cintas y sus enaguas y sus faldones cortos como una estrella insolente, y ese buche preñado de crujientes promesas. Yo, claro, ansiaba que me dieran monas, caramelos, y habicas tiernas con un hambre que no era sino un hambre de horas y ya tenía la avidez de las cosas sin precio. También recuerdo la música de bandas, con sus bruñidas trompetas, y a los Mayordomos, con sus chorreras de encaje solícito, como labrado en marfil, como de hueso de espuma, esas chorreras que asemejaban celosías.

Y recuerdo, del Viernes Santo, que era nuestra procesión familiar, aquel cuadro inigualable de la Oración en el Huerto, con su ángel ambiguo de sexo inexpresado y hermosura inconcreta, y con su esbelta palmera cimbreante y galana parece que estuvieran hechos estos versos de Gerardo Diego:

Si la palmera supiera
que sus palmas algún día...

Si la palmera supiera
por qué la Virgen María
la mira...

Si ella tuviera...

Si la palmera supiera,
La palmera...

También estaba La Cena, con su mantel atestado de manjares latientes, con sus carnes guisadas y sus verduras frescas, con sus prietos y apetitosos racimos. Y todo tan de verdad, tan recién arrancado de la huerta, que costaba un arrepentimiento la tentación de robarle a esa divina Mesa siquiera, siquiera un granito de uva. Quizás porque La Caída era, en nuestro argot privado, nuestro paso, yo siempre le atribuí una significación muy honda. Detrás de aquel Cristo que sucumbía al peso de su carga, que tropezaba y caía, palpataba un hombre vencido y vulnerable.

Había un relámpago de flaqueza para después alzarse. Había un presagio de derrota, pero también una promesa de fuerza inacabable. Del San Juan recuerdo lo gallardo y adolescente. Venía airoso el apóstol sobre su trono, recogándose graciosamente la túnica y con esa inocente soltería, con esa mirada de resuelta virginidad que las muchachas -no fuera a contagiárselas más de la cuenta-, le rehuían supersticiosas. Y después de Nuestro Padre Jesús, que traía enredada una boja de gusanos luminosos, desfilaba solemnemente La Dolorosa, que venía ahumada de cirios: esa Dolorosa que por gracia o pereza no ponía un pie en la calle hasta que no la arrancaban de su sueño los primeros rayos de sol. Pero el paso que más recuerdo es el de la Verónica, con su pañuelo fotográfico. Yo iba a las procesiones con mi tata Felisa, que es como una segunda madre que me hubiera dado esta tierra generosa, y tan oliendo a membrillo y verdad como ella, y siempre que pasaba la Verónica le preguntaba lo mismo: -Oye, yaya, ¿cómo es posible que la cara de Jesús se le haya quedado a esa mujer en el pañuelo? Ella me contestaba que porque Dios es Dios, pero yo ahora ya sé porqué el rostro de los seres que amamos se nos queda dibujado para siempre en los pañuelos.

A los Cristos, a las Dolorosas o a los San Juanes había que hacerles versos por Semana Santa. Había que mojar la pluma en la tinta negra del nazareno y rimarle a Salzillo, a Bussy, a Sánchez-Lozano, a González Moreno o a García Mengual -y que me perdonen los que faltan-, la inspiración de sus gubias. Yo me pasaba la primavera fabricando aprendices de cuarteto, pero, no sé porqué, nunca me llevé la alegría de encontrármelos en el anverso de una contundente pastilla. Porque eso era lo más bonito de aquellos caramelos pascuales: que traían un verso en el pecho, y si te daban muchos, podías andar presumiendo de niña guapa, y si te daban pocos, siempre podías salirte por la tangente lírica, e írtelos aprendiendo de memoria como en otros tiempos se aprendía el bachiller los romances. Total, que al final, ya no sabía uno si comerse los caramelos y sacrificar la vocación literaria o si quedarse en ayunas a cambio de una biblioteca entre frutal y azucarada. Me parece que todavía no he dicho que yo siempre he querido ser nazarena. Pero como es deseo que aliento desde mi más tierna infancia -cuando ni yo habría podido, ni mi madre me habría permitido salir de penitente cargando cirios o acarreado cruces-, lo que yo quería ser es Mayordomo, que ahora dirían Mayordoma, es decir, una cosa imposible. Veía yo a los mayordomos como pastores de piadosos rebaños o como palomas mensajeras, o como ángeles que escoltan al Señor, trayendo y llevando noticias de su amargura. Había algo paradójico en aquellos



ángeles ubicuos que revolotaban entre los penitentes: me parecía que le daban a la procesión un contrapunto de risueña libertad incongruente. ¿Será posible -me preguntaba yo-, que puedan convivir tan sin sorpresa el dolor y la alegría? Y alguien a mi lado, con su recogimiento y su bullicio alternantes, me confirmaba que sí, que es posible. En cierta ocasión le oí decir a una señora ¡Pero qué guapa está la Dolorosa! Y era verdad que estaba guapa. Lo era, claro, pero además lo estaba. Estaba guapa con su rostro lívido por la tristeza y arrebolado por el sol, que se le había quedado pestañeando en una lágrima. Estaba guapa bajo su trono tembloroso que los estantes, acompasadamente acunaban. Estaba guapa entre la gente, ese gentío llano y fraternal de Murcia que te sacia los labios, te restaña la frente y te pone un diminutivo en el corazón, como si fuera un cascabel de oro.

Cuando llegaba a Murcia la Semana Santa era como si a Cristo lo hubieran sacado de las iglesias en carne y hueso. Se hablaba de él con una familiaridad enternecedora y con una congoja no exenta de reproches. "Hay que ver, los malvados sayones", decía Felisa, meneando disgustada la cabeza. A la yaya es que Los Azotes la sacaban de quicio. A la procesión del Silencio acudíamos con un circunspección gutural, porque la impotencia ante un Dios que va a mo-

rir secaba todas las gargantas. Y ya las últimas horas del Viernes Santo había que vivirlas con una insondable tristeza de sepulcro inocente, de martirio consumado, como si toda Murcia se estuviera helando sobre la losa fría de la noche. La yaya nos decía que la ciudad estaba tan triste porque Dios estaba muerto y qué conformes, qué inapelables, qué indiscutibles eran aquellas palabras. Había que enjuagarse el alma en agua clara, y dejársela sencilla y sin dobleces, para callar ahora y gozar mañana. Para esperar en vivo y sin trampas al Cristo resucitado del Domingo. Pero así era, así es la Semana Santa murciana.

Yo os la pregonó desde aquí con conmovida gratitud y nostalgia. Yo os invito a que os vistáis sus túnicas, a que llevéis sus cruces, a que carguéis sus pasos, a que viváis su misterio y repartáis sus frutos, tan nutritivos y alegres como Dios, por las calles de Murcia. A que sigáis bendiciendo vuestra tierra con una fe más fuerte que la razón y más honda que el tiempo. Y a que este año, si Dios quiere, la veáis resplandecer tan como siempre, pero más hermosa que nunca, porque no llueva a cántaros, y salgan las procesiones.

Muchas gracias.

Semana Santa
Murcia 1999



23

